

Tratados de armonía

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

En cubierta: imagen de Glen Carrie/Unplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Antonio Colinas, 2022

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-56-2

Depósito legal: M-9.274-2022

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Antonio Colinas

TRATADOS DE ARMONÍA

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

| | |
|-------------------------------|-----|
| PRIMER TRATADO DE ARMONÍA | 11 |
| De la contemplación | 13 |
| Tratado de signos | 70 |
| SEGUNDO TRATADO DE ARMONÍA | 93 |
| La llamada de la tierra | 95 |
| Páginas del icono | 131 |
| Los caminos del tiempo | 134 |
| En las noches azules | 141 |
| TERCER TRATADO DE ARMONÍA | 145 |
| Retornos a la isla | 147 |
| Hacia el noroeste | 171 |
| Geometrías del fuego | 223 |
| CUARTO TRATADO DE ARMONÍA | 229 |
| Una lectura de Pasternak | 231 |
| Del otoño avanzado de la vida | 278 |
| Del cuaderno de Jerusalén | 331 |
| En la Montaña Kungang | 359 |
| Sobre el <i>Respirar</i> | 424 |

«Enseña a vivir bien, esto es, a vivir conforme a la naturaleza».

SÉNECA

«Si la especie humana no puede leer en la naturaleza, o leer la existencia, entonces ¿qué entenderá o aceptará? En otras palabras, ¿de qué sirve que las criaturas humanas inventen una narración que explique la existencia cuando las realidades de la naturaleza son, en sí mismas, una lectura lineal como es? Por consiguiente, entendamos la naturaleza leyendo la naturaleza. Lo que hay que adquirir es la capacidad de reconocer signos. Esta es la ciencia más alta».

FRAGMENTO SUFÍ

«¿Y qué es la armonía? La armonía es el acuerdo entre las fuerzas del mundo y el orden de la vida del mundo».

ALEKSANDR BLOK

«La mente y la naturaleza constituyen una realidad indivisible. Nada oculto puede deducirse por raciocinio».

C. G. JUNG

PRIMER TRATADO DE ARMONÍA

De la contemplación

Venus temblando húmeda y pura sobre el horizonte, en un cielo de un azul casi negro. Me esfuerzo por leer en su luz y de esa luz brotan, durante unos segundos, los momentos en que he sido más feliz. Algo debe de haber en esa estrella. O más allá de su luz temblorosa, muda. Allá arriba debe de estar la verdadera vida, puesto que todo lo que en nosotros está vivo no cesa de ascender: árboles, aves, miradas. Por el contrario, todo lo que muere busca la caída hacia la tierra: hojas secas, aves heridas, la mirada del hombre derrotado.

*

Hay momentos en que tenemos la certeza de que no sabemos absolutamente nada. Sin embargo, no nos desesperamos, pues sabemos que en el fondo es una idea iluminadora, feliz. Es precisamente en esos momentos cuando nuestros labios repiten: «Solo sabemos que no sabemos nada y que además no deseamos saber nada». Porque hay ocasiones en que esa nada puede ser el *todo*, un vacío del que brota la plenitud de ser.

*

Todo es astral, digan lo que digan las mentes más radicalmente racionalistas. El autor del *Eclesiastés* pareció fijarlo muy bien. Hay días para leer y días para pasear, días para penar y días para gozar, días para plantar árboles y días para quedarse inmóvil en el lecho. Habría que ver hasta qué extremo la voluntad influye en lo astral. La oscura mecánica celeste contra la no menos oscura mecánica de nuestros nervios y de nuestras sangres. Esta es la gran cuestión, la gran batalla que a veces debemos entablar cada día, cada hora.

*

Me llueven los problemas de todas las partes. ¿Qué hacer? Me he puesto a serrar leña y más leña en el bosque. ¿Qué sería de mi vida, en esta mañana, sin la sierra y el bosque?

*

Juan Ramón Jiménez habló con gran acierto de la «agria envidia amarilla» de este país, pero él, en su madurez, dejó transparentar también su acritud. Nadie tiene la verdad en exclusiva. Lo que él dijo de Machado o de Lorca cualquier lector lo podría haber dicho de Juan Ramón. Hay zonas en el comportamiento de todo autor que no nos satisfacen, así como en su obra, pero ¿por qué no expresarlo interiormente, sin agresividad? Produce una especial tristeza no encontrar este don en personas maduras y reconocidas, en personas que admiramos. Lo más difícil en este país parece ser la flexibilidad.

*

¿Cuál es la razón más poderosa para vivir? Sin duda, el respirar conscientemente. La respiración es uno de los escasísimos bie-

nes que nos conducen gratuitamente a la armonía. Pero suele ser tanta nuestra confusión diaria que habitualmente ni siquiera somos conscientes de que respiramos.

*

El perro se pasa las horas obsesiva y sutilísimamente atento a cuanto sucede en el valle. Un rumor lejano, un silbido, un ramaje que cruje, bastan para inquietarlo. Su sensibilidad debe de ser enorme. Confío en que esa sensibilidad le sirva de goce y no de dolor. Pocas cosas hay tan amargas como el sufrir por un inútil exceso de sensibilidad.

*

¿La extremada sensibilidad es un don o una condena? ¿Es un goce o una enfermedad? A estas alturas no tengo todavía respuesta para esta pregunta. ¿No hay respuesta o acaso cabe una doble respuesta? Quizá —como la vida para el hombre— la sensibilidad sea, a la vez, un don y una condena. Pero sellemos esta unión de contrarios con la plácida respuesta del silencio.

*

Durante siglos se ha ironizado con la música de los astros, de la que hace ya tantos siglos hablaron órficos y pitagóricos. Y, más tarde, Juan de la Cruz, en hermosos versos, con su «música callada». Tanta ironía sobre los ritmos y la armonía del Universo cuando ahora la astrofísica habla, científicamente, de ese mismo sonido. Nadie se extraña hoy de que los científicos aludan al «ruido de las estrellas», a «escuchar el espacio», a la «canción radioeléctrica», al «zumbido de las galaxias». Los poetas no lo hubieran dicho mejor.

*

Todavía invierno. El valle completamente verde y en su centro el almendro florido, una gran masa blanca, una hoguera de luz. De repente, se pone a nevar. Nieva sobre el almendro florido, nieva sobre la nieve. Todo como en una estampa japonesa. Imposible describir con más detalle esta visión sin caer en el exceso, pero pruebo a hacerlo con la brevedad de un poema. Hay veces —esta es una de ellas— en las que la realidad supera con creces al arte.

*

En este año en que se celebra el centenario de la muerte de Emily Dickinson está bien recordar su imagen de que el poema verdadero *respira*. Ninguna sensación más hermosa a la hora de leer un poema auténtico. ¿Y qué imagen usar para el mal poema, para el falso poema? En el mal poema la palabra ni siquiera se pudre. Está seca como las hojas caídas y sin savia del invierno.

*

Al contrario que Jorge Manrique, siempre he pensado que cualquier tiempo pasado fue peor. Más allá de cualquier dolor o pesar, de cuanto hemos perdido, de los años gastados, nada se puede comparar con la dulcísima experiencia de respirar en el presente, de vivir todavía el *instante de oro*. En el presente respiramos la esencia de todos los goces pasados y la luz purifica cualquier posible pesar. Presente: dulce y plena experiencia de respirar la luz, de ser *luz*.

*

¿Existe una sola verdad o muchas verdades? ¿Todo es uno o todo es diverso? Quizá todo sea a la vez uno y diverso, como

pensaban —con palabras distintas— Lao Zi y Platón. Más allá de esta dicotomía hay una corriente en el tiempo y en las culturas que arrastra a aquellos hombres que han deseado saber más o más intensamente. La sed de conocimiento solidariza a los seres humanos. Pero ¿qué decir de la otra corriente, la de quienes *no* desean saber? Imposible librarse de los extremos. Hoy, como ayer y como siempre, fundir armoniosamente los extremos es el gran don que perseguimos.

*

En qué pocas ocasiones, en qué pocas Poéticas, encontramos fundidas la poesía y la armonía. Recuerdo, sin embargo, unas páginas excepcionales de Aleksandr Blok sobre esta fusión, sobre el sentido equilibrado y pleno de la vida: «¿Quién es un poeta? ¿Una persona que escribe versos? No, claro que no. Se llama poeta no porque escriba en verso sino porque dota de armonía al sonido y a la palabra, porque él es hijo de la armonía».

*

¿Qué significa ese inconfundible y melodioso rumor del viento en los pinos? ¿Es el crujido de la luz? ¿Es el paso del tiempo? No. Más bien ese rumor es la solidificación de un tiempo que nunca lograremos vivir: un tiempo vacío y musical a la vez, todo él extravía inagotable, infinito. En otra ocasión, cuando puse título a uno de mis libros de memorias de infancia, *El crujido de la luz*, me referí a ese crujido que produce la nieve cuando la pisamos.

*

A veces, la mujer es ese resquicio por el que el mundo nos deja ver su carácter divino. El cuerpo de la mujer a nuestro lado o entre nuestras manos: el buen oro de lo misterioso fundido y

solidificado, el Sueño cristalizado ¿Una prueba más de la sacralidad del mundo?

*

Pasamos los años haciéndonos desesperadas preguntas y no sabemos que, a nuestro alrededor, todo son respuestas. Ahogados en un turbión de preguntas, no queremos o no sabemos ver las respuestas continuas que la naturaleza nos ofrece. Rara vez aceptamos el mundo tal como es: como una única, grande y clara respuesta.

*

Aldous Huxley dedica casi todas las páginas de su ensayo sobre Ben Jonson a atacar al Romanticismo y a la literatura inspirada. También a aplaudir al realismo intelectual. Pero al final (quizá no muy convencido de su rigor racionalista) se contradice y escribe unas palabras que echan por tierra cuanto acaba de decirnos: «Lo cierto es que las grandes victorias del arte tienen lugar en un mundo que no es por completo del intelecto, sino que se encuentra como suspendido entre él y ese mundo inenarrable, pero de suprema realidad para quienes han penetrado en él». Moraleja: muchos escritores no llegan a lo que Huxley llama con sorna «misteriosa inspiración» no porque no quieren, sino porque no pueden. ¿Quién aguantaría, en concreto, la obra del propio Huxley si la priváramos de sus párrafos inspirados, artísticos, «misteriosos»? ¿Y qué pensar de ese profundo testimonio intelectual que fue su libro *La filosofía perenne*, esa antología universal de textos que remiten a la sabiduría de lo misterioso inspirado?

*

Nos esmeramos en cuidar de nuestras relaciones sociales, no cesamos de hacer planes y proyectos, buscamos incesantemente las soluciones fuera de nosotros sin saber que las obras más nuestras, más esenciales, a veces se conforman y maduran *inconscientemente* en nuestro interior. Incluso hay veces en que sentimos cómo esas obras se conforman y maduran en silencio. Maduran como madura la luz del otoño.

*

La prisa es una carrera hacia la muerte. La lentitud detiene el tiempo, ensancha el instante, propaga la vida en armonía.

*

Bien pudiera ser *armonía* una de las palabras claves para el ser. La vida, el mundo, es una armonía que nos empeñamos en vivir en desarmonía. Seguir los ciclos, las estaciones, las mutaciones naturales; observar el curso del macrocosmo y del microcosmo, y adaptarnos periódicamente a él. Vivir en plenitud; esperar con calma cuando nos asalte algún mal. Evitar, cuanto nos sea posible, la desarmonía. Esta es una de las claves del ser.

*

La irracionalidad de la vida humana —es decir, la existencia en el mundo de la enfermedad, de la injusticia, de la muerte— nos lleva una vez más a hacernos las preguntas de siempre. La irracionalidad del mundo y también su plenitud: el goce, la alegría, los ensueños. De este contraste brutal (goce-enfermedad, alegría-injusticia, muerte-sueños) nacen nuestras dudas decisivas: ¿Existe la Divinidad? ¿Existe un ser creador de la materia del universo y no existe para los actos y consecuencias graves

de los humanos? ¿Creó la Divinidad el mundo y luego se retiró —o se anuló— abrumada por la complejidad de su obra? ¿No serán quizá los seres, los que ponen la desarmonía en su vida con sus actos, el caos, en un mundo que originariamente estaba bien hecho, o que simplemente era como debía ser? Pero ¿cómo comprender y aceptar la muerte de los niños, el dolor y la muerte de un solo niño, de un solo ser en el planeta? ¿Y cómo comprender que todas las ansias del hombre, sus sueños mejores, están destinados a ser convertidos en cenizas?

*

Plenitud de la noche perfecta de julio. Las estrellas puras, el viento cálido, el rumor del pinar y el canto de los grillos crean una melodía delicadísima y sublime. Nadie pondría en duda que —al menos por esta noche— el mundo está bien hecho, es extremadamente perfecto.

*

No es que en esta vida haya que ser, en principio, necesariamente malvados, pero ciertas actitudes radicales se prestan a que ciertos seres humanos así sean considerados. Porque existen momentos en nuestras vidas en que nos vemos obligados a decir que *no*. Hay momentos en que hay que negarse radicalmente a palabras, a actos, a personas, aunque ello produzca tensión o dolor a nuestro alrededor y aunque, por algunas razones, debiéramos decir que sí. Hay momentos en los que, simplemente, hay que decir que no para poner a salvo nuestro equilibrio, para no ser destruidos, para subsistir.

*

Para ahorrarnos muchas fuerzas y algunos disgustos hay que tener presente que al necio siempre se le convence con hechos

y nunca con palabras. Y si estos hechos vienen avalados por el paso del tiempo —si el necio descubre la verdad tardíamente y por su cuenta—, mucho mejor.

*

Diógenes salió con su lámpara en busca de un hombre, de un solo hombre verdadero. Recuerdo que, a veces, en mi primera juventud, vagando por las calles de algunas grandes ciudades, no deseaba otra cosa que encontrar con ansiedad un alma, una sola alma verdadera, con la que poder intercambiar cuanto sentía dentro de mí.

*

Una vida excesivamente introvertida e intelectual suele llevar a no valorar el propio cuerpo, como si materia y espíritu no fueran una totalidad, como si el mundo no tuviera también su alma. Una hermosa frase de Tieck puede servirnos para esclarecer estas ideas: «Nuestra vida entera consiste en un doble esfuerzo: descender hasta el fondo de nosotros mismos y luego, *olvidándonos*, salir de nosotros mismos». Toda vida suele ser, en efecto, un continuo descenso a los infiernos. Luego —como diría María Zambrano— hay un momento en que es preciso dar la *voltereta* y, *olvidando*, como dice Tieck, salir de la situación infernal. Pero ¿cuál es el camino para esta liberación? A los labios me vienen unos versos de Pessoa: «O melhor é ter ouvidos / E amar a Natureza».

*

El confucianismo es una doctrina adecuada para moverse en sociedad. El taoísmo es la doctrina perfecta para movernos dentro de nosotros mismos. Confucio nos ayuda a «ir tirando» y a guardar las formas. Lao Zi nos ayuda a ser felices radicalmente, con

todas las consecuencias, en un mundo difícil como el de hoy, que poco tiene que ver con las lúcidas teorías del sabio.

*

Nunca había oído vibrar a las cigarras con tanta fuerza. En el fondo del barranco se oye cantar a una de ellas con una intensidad y una dulzura que desconocía. Cierro los ojos y me concentro en su sonido. Me olvido de todo. Luego, cuando la cigarra calla, es el silencio lo que me invade. Y, en mi interior, este silencio se torna en dulce vibración, en armonía. La cigarra está dentro de mí. Cigarras, «tiernas como lirios» en la *Iliada*. Canto de la cigarra: sonido y melopea del estío, monodia de la luz, armonía.

*

A medida que profundizamos en nuestras vidas y que maduramos, nos va rodeando un nuevo silencio: el de las personas que crecieron y progresaron con nosotros. Por el contrario, un nuevo fervor nos rodea: el de aquellos que sin suponer nada en nuestras vidas, sin tener intereses, nos muestran su atención y afecto. ¿Esta es la prueba objetiva de que estamos en otro plano de la existencia, de que no somos lo que fuimos, o que quizá hemos roto amarras que eran inútiles? Por el contrario, suele ser bien cierta la idea de que una amistad perdura siempre si es verdadera.

*

Entre el ansiar el más allá —abrazar la vía mística— y la vida puramente vegetativa, animal, existe otra senda: la del ignorante-ebrio que, al ignorarlo todo conscientemente, lo sabe todo. El ignorante-ebrio ignora los extremos, la dualidad; no persigue el cielo ni teme el infierno. El ignorante-ebrio no tiene más afán que el de respirar y gozar la luz.